



**COLEGIO
SALESIANO
DE ASTUDILLO**

Palencia-España

Febrero, 1971



Queridos hermanos:

El día 7 de diciembre la Virgen se llevaba al cielo al Sacerdote Salesiano

D. Valentín Grasso Chianale

cuando iba a cumplir 82 años.

Desde hacía bastantes años venía padeciendo diabetes y una tensión muy elevada. La diabetes le privó de la vista total durante el último año de su vida. Los cuidados del doctor especialista a quien visitaba periódicamente para el reconocimiento completo y la exactitud en cumplir las medicaciones alargaron su vida, prácticamente ya sin recursos y advocada al fatal desenlace a la más mínima complicación que se le presentase. Tuvo su purificación aquí en la tierra, en especial en los quince últimos días en que guardó cama.

Recibió la unción de los enfermos presente toda la Comunidad, el señor Párroco y los novicios, de manos del señor Inspector don Santiago Ibáñez, con entera lucidez y respondiendo con voz fuerte y sonora a las palabras del ritual.

Agradecía cordialmente todo detalle, por insignificante que fuese. Y sus frases eran de ofrecimiento a Dios y resignación por lo que sufría.

El día 7 a las tres de la madrugada su estado comenzó a agravarse con vómitos frecuentes de sangre. A las 13,20, tranquilo y sereno, mientras se le sugerían sus jaculatorias preferidas, entregó su alma al Señor.

Su traslado al cementerio constituyó el triunfo del salesiano sencillo y entregado, en el que todos, grandes y pequeños, quisieron agradecer lo que don Valentín había hecho por ellos. En un día de frío intenso, casas, establecimientos y calles se vieron desiertas para acompañar a quien todos debían el perdón de los pecados, la formación religiosa y la sonrisa: labor desplegada desde el confesionario y en el Oratorio Festivo.

Salesianos llegados desde las diversas casas de las Inspectorías de Bilbao, Madrid y León se unieron a nosotros para la conducción del cadáver. Las autoridades de la villa y los Inspectores de Madrid y León, presidieron el cortejo fúnebre.

Había nacido en Turín, el día 3 de marzo de 1889. Poco más de un año después de la muerte de D. Bosco. Sus padres se llamaban Félix y María.

Niño todavía, cuando apenas contaba los 8 años, la familia entera emigró a Chile. Estudió en el Colegio «La Gratitud Nacional». En el año 1903 don Luis Costamagna, sobrino de Mons. Santiago Costamagna, le «cogió por una oreja» y le llevó al Seminario de Macul: Tenía 14 años de edad.

Tres años más tarde comenzó su noviciado, que terminó con la profesión el 29 de septiembre de 1907.

En 1909 fue trasladado a Valparaíso, para volver de nuevo a Macul, donde permaneció hasta su regreso a Turín cuarenta años más tarde de su llegada a tierra sudamericana.

Cantó su primera misa en Macul, en 1915, a los 26 años de edad, ordenándole de sacerdote Mons. Caro, Vicario Apostólico de Tarapacá.

En su larga vida salesiana desempeñó toda la gama de cargos, exceptuando el de Inspector. Durante ocho años ejerció simultáneamente el cargo de Maestro de novicios con el Director de aspirantes, estudiantes de filosofía y teología.

Entre sus alumnos salieron Mons. Wladimiro Borich, Monseñor Cándido Rada y el Eminentísimo don Raúl Silva Henríquez.

Recordaba con honda admiración a don Luis Mariamnay, don Luis Costamagna, don Domingo Tomatis y al P. Berruti, su confesor.

Regresa a Turín, en donde permanecerá cerca de un año. Y el 13 de enero de 1941 sale para España, llegando a Astudillo el 29 del mismo mes.

Aquí permanecerá ya hasta el fin de su vida. El confesionario y el Oratorio Festivo fueron su campo de trabajo.

El 13 de febrero de 1966 celebró sus bodas de Oro sacerdotales, siendo nombrado con motivo de tan fausto acontecimiento, «Hijo Adoptivo de la Villa de Astudillo».

Para mejor resumir lo que era don Valentín, me ha parecido oportuno poner a continuación, a modo de florilegio, extractos de cartas que me han llegado para darme el pésame, tras su fallecimiento.

Todos los que le conocimos podemos hacer nuestros todos esos sentimientos. Varios de estos extractos fueron publicados en la prensa local por mandato de sus mismos autores.

No todos son salesianos. De este modo me parece que su figura es vista desde ángulos distintos, que enriquecen su personalidad. Extracto pensamientos de don Modesto Bellido, de don Isidro Segarra, de don Santiago Ibáñez en la homilía fúnebre, de don Julián Ocaña, de la R. M. Abadesa de las Clarisas de Astudillo, de don Rodrigo Nebreda, de don Alfonso Izquierdo, del P. Máximo González, Superior de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y otros.

«...Se nos ha ido al Cielo uno de los salesianos más beneméritos de las tres Inspectorías del Centro y Norte de España. Estoy seguro que si ha sido posible multiplicar en pocos años las Casas y las Inspectorías mucha parte tiene en ello la labor de don Valentín. Sería interesante conocer los numerosos centenares de salesianos, que un día como aspirantes en Astudillo, recibieron de don Valentín, orientaciones claras y alientos preciosos en lo referente a la vocación.

Cuántas virtudes pude admirar en don Valentín durante los años de Inspector y también después, en las rápidas visitas a Astudillo.

Amaba grandemente a la Congregación y a D. Bosco. Se advertía claramente, en sus deseos de seguir de cerca la marcha de la Congregación en todo el mundo. Gozaba grandemente con las buenas noticias. Recordaba con verdadera satisfacción los años vividos en Chile, al lado de D. Berruti.

Otro dato simpático que admiré siempre en don Valentín: veneración, afecto y delicadeza filial, llena de confianza, para con sus Superiores, comenzando por el Director de la Casa. Directores muy

jóvenes, por razón de los tiempos, fueron pasando por Astudillo. Es mi impresión que todos ellos encontraron en el buen don Valentín, ayuda preciosísima.

No me detengo en otros detalles. Será difícil descubrir la virtud característica de don Valentín. No sabría qué admirar más, si su humildad, obediencia, espíritu de caridad y sacrificio, sencillez, delicadeza salesiana... Os será fácil a vosotros con la ayuda también de esas buenas gentes de Astudillo, catalogar las numerosas y ricas virtudes de don Valentín.

Ciertamente que la figura de don Valentín será de aliento y ejemplo, especialmente para los Confesores de las Casas de Formación. Y esto en todos los aspectos de la vida salesiana.

No me extraña el homenaje que le ha tributado toda la población de Astudillo...»

«...Ciertamente su recuerdo quedará inolvidable en Astudillo, que le tendrá como hijo preclaro y gran bienhechor, siempre dispuesto a atender y consolar a todos con su ministerio sacerdotal fervoroso.

La última vez que le vi a principios de octubre ya me dejó la impresión de que no tardaría el Señor en venir a su encuentro para premiar su larga vida de fatigas en la Congregación. Ahora habrá dejado un buen vacío en esa Comunidad, siempre alegrada con la presencia del santo anciano, abuelo querido por todos y mimado por ustedes filialmente. ¡Cuánto bien hacen en nuestras Comunidades esos venerandos salesianos con su serenidad, su ejemplo y vida de oración!...»

«...Como familia cristiana unidos en una misma lágrima, en un mismo dolor y en un mismo amor, damos nuestra despedida a nuestro Hermano, campeón de la santidad.

Todos estamos unidos y reunidos alrededor de estos restos blancos y limpios, serenos y graciosos; su santidad se le escapaba por la certeza de sus canas y ha dejado huella de blancura en la piel.

Todos estamos unidos a él, unos por los lazos de nuestro sacerdocio y consagración religiosa; otros por afecto y gratitud sin medida: era querido de todos, era amado por todos, porque vivió y se desveló por todos: ricos y pobres; sabios e ignorantes; los de la cera de la derecha y de la izquierda; pero sobre todo amó a los pequeños, a los niños y ellos le quisieron a él con ternura.

Todos los feligreses en la persona de nuestro querido párroco están unidos y reunidos aquí bajo el signo de la cordialidad sincera.

Todos los astudilleros, como ciudadanos honrados en la persona de nuestro querido señor Alcalde, están aquí rindiendo homenaje

de gratitud al «Hijo predilecto de Astudillo», a su hijo adoptivo, oficialmente desde el 13 de febrero de 1966, pero lo fue desde que pisó estas tierras, llenas de fuego solar y llenas de fuego del amor de don Valentín. ¡Cuánto amó a Astudillo y cómo le protegerá desde el Cielo!

Todos los que llevan savia y espíritu salesiano se han dado cita aquí, bajo la bandera de D. Bosco, en la persona del presidente de los AA. AA., del Delegado de Cooperadores y de la Presidenta de la Archicofradía de María Auxiliadora para decir a don Valentín una vez más: Muchas gracias, buen padre; porque lo fuiste, porque te diste y nos diste lo mejor que tenías: un sacerdocio estallando en celo, caridad, paciencia y optimismo. Gracias por tus consignas y ánimos para encaminarnos al cielo.

Las monjas claras por la caridad de su sencillez, las monjas azules por su hábito, Hijas de la caridad, las monjas alegres Hijas de María Auxiliadora, aquí están presentes. No podían faltar. Unas, tras las rejas de los locutorios, como contemplando a don Valentín alegre y animoso, aconsejando, alentando, imprimiendo bondades; las otras en alas de su caridad aquí juntas como queriendo buscar algo: el impulso que su figura a lo Juan XXIII daba a quien a él se acercaba.

Aquí estamos los salesianos venidos de tantas partes a depositar coro, como queriendo escuchar alborozados: «¡el pato vuela!» y recibir, el último, en la dulzura de un caramelito, la dulzura de su bondad sencillísima.

Aquí estamos los Salesianos venidos de tantas partes a depositar una última mirada en tu rostro apretado de sonrisas y bondades; en él siempre vimos: el hombre de Dios para Dios. Fue un santo sacerdote con el cáliz, con el breviario y el rosario. El Señor le privó de la vista para que sólo contemplara a sí mismo y contemplara en su intimidad a Dios y sus maravillas.

Vimos el hombre de Dios para los hombres: fue un celoso confesor; permanente confesor, sufrido confesor, prudente confesor, optimista confesor, mártir confesor. La mejor página de su vida es su vida de confesionario; el confesionario es el lugar más luminoso.

Vimos al hombre de los hombres para Dios. Pasó haciendo el bien, siempre el bien, mucho bien, en busca de la gloria de Dios. Vosotros abriendo surcos en estas tierras en busca del pan; él abriendo surcos en las almas con la cruz, la sonrisa, la bondad, la misericordia en busca de la Gracia y de la Presencia de Dios en ellas.

Vimos al hijo entrañable de la muy noble villa de Astudillo; sus restos siempre deseó que fueran cubiertos con tierra del camposanto de nuestro pueblo. Muchas glorias tiene Astudillo; una de

ellas es haber inscrito en el elenco de vuestros hijos a don Valentín.

Vimos al hijo entrañable de la Congregación y de la Iglesia; forjado su espíritu como los demás metales escondidos en la Cordillera de los Andes, ha permanecido fidelísimo hijo de la Iglesia y de la Congregación: Un gran sacerdote y un religioso de talla:

su humildad.

su sencillez,

su bondad,

su celo,

su pobreza,

su alegría,

quedarán como ejemplo para todos nosotros...».

«... Para mí es uno de los salesianos más completos que he conocido y tratado en mi larga vida salesiana. Salesiano de cuerpo entero; santo de pies a cabeza, con todas las virtudes cristianas, religiosas y salesianas muy arraigadas en su alma. Caridad, humildad, sencillez, dispuesto siempre a servir a todo el mundo con una amabilidad encantadora. No me extraña el homenaje amoroso y entrañable que le ha rendido la villa de Astudillo, que tan metida llevaba en su corazón piamontés. Para los superiores tenía siempre delicadezas sin límite. Era una verdadera delicia hablar con él, siempre transparente y limpio como el cristal. Y hasta esa «mujilla» de genio que él sacaba, en nuestros ratos de solaz familiar, con los que le hacían ciertas bromas festivas y cariñosas, nos le hacían más atrayente y más cordial. Bueno... bueno y sencillo, hasta dejárselo de sobra. Ciertamente que de nadie podríamos hacer, en el aspecto salesiano, mejor panegírico que el suyo. Copió a D. Bosco tan al vivo, que era acabado retrato suyo. Un rico tesoro del que se ha beneficiado la querida casa de Astudillo durante tantos años y que seguirá enriqueciéndola desde el cielo con su tutela gloriosa y triunfante. Estoy seguro de que su recuerdo seguirá perenne durante años y años, y su silueta apacible y serena seguirá cruzando las calles de Astudillo y los corredores del colegio, porque don Valentín seguirá viviendo con cariño y gratitud en los corazones de todos los que le hemos conocido. Descanse en paz el fidelísimo hijo de D. Bosco y el amantísimo apóstol de María Auxiliadora...»

«... Destaco su humildad, su espíritu de sacrificio, su inimitable caridad para con todos hasta la entrega personal. Ejemplos: el servicio a la parroquia, la atención a los enfermos, la esclavitud al confesorario a pesar de los fríos intensísimos —en aquellos años de mis tiempos de Astudillo en que no teníamos calefacción y la iglesia era una auténtica nevera.

Su espíritu de oración, que reflejaba una unión permanente con Dios, y su serenidad de espíritu, fruto de la misma unión con Dios,

que jamás dejaba trascender un arrebato de mal humor o una falta de dominio de sí mismo.

Fue para mí ejemplo maravilloso de virtud en todo. Le tuve como profesor en mi último año de Teología, y a renglón seguido en la misma casa fue un ejemplo de sumisión. Daba la cuenta de conciencia como un joven salesiano recién salido del noviciado. Ayudaba y orientaba en mil cosas.

Jamás le oí un «no» ante cualquier sugerencia para un trabajo extraordinario o para una entrega fuera de los horarios normales de su cometido habitual...»

«... Ante todo, mi condolencia y mis plegarias por la ida al Padre del maduro y ejemplar padre.

Ya llegó a la Patria.

Ya entró en la Casa Paterna.

Ya no es un peregrino, sino un eterno comensal. Que desde el Hogar Común nos bendiga a todos.

También le doy mi pésame y el de la Comunidad por el tránsito al cielo del padre Valentín. Era un alma de Dios, un espíritu medioeval, un alma con todos los encantos y ternuras de la mística mediterránea. Que nos ilumine desde el paraíso...»

«... Para mí don Valentín representaba tanto como mi profesión en el noviciado y mi devoción a María Auxiliadora, que todavía llevo impregnada y para siempre. He sentido muchísimo la muerte del «abuelito», como tú sabes le llamábamos cariñosamente. El día 1 de julio de este año le vi por última vez en su habitación; me dio pena al comprobar que no me veía; le prometí volver antes de finales de año. Ya ves que no volveré a verle...»

«.... Ayer depositábamos con el mayor respeto, reverencia, dolor y amor los restos mortales de nuestro hermano en Xto. —don Valentín— en el cementerio. Todo el contenido de nuestra fe cristiana —a pesar de nuestras lágrimas— nos dicta el día 7, postrimería de su vida, fue el «dies natalis», el día de su nacimiento, de su gozo, de su indescriptible alegría. «Sólo hay una tristeza, y es la de no ser santos», decía León Bloy. Ese anciano que se nos ha escapado de nuestro hogar, tras una vida alegre, tenía en la bondad de sus manos, en la misericordia de su corazón y en la sonrisa limpia de sus ojos los rasgos de la santidad. La sobriedad como canon de su vida iba haciendo de ésta muerte y resurrección en Cristo en cada momento» ... «La alegría fue una de las características de su vida, junto con la sencillez de su corazón. Hizo de su existencia como un «evangelio de alegría». Todos sus deseos, todos sus esfuerzos, como toda su oración, tendieron a ese fin: dar su alegría. «Hablo estas cosas en el mundo, dijo Cristo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismo.» (Jo. 17,13.)

Afirmaba Pascal: «Nadie es tan dichoso como un verdadero cristiano», pues Dios está dentro de él en su gracia y con sus dones; de modo especial, el don de la esperanza, mediante la cual el mismo Dios se nos promete como eterna bienaventuranza, y Dios es fiel, como canta el salmista: «Entrad por sus puertas dándole gracias; en sus atrios, alabándole; dadle gracias y bendecid su nombre. Porque es bueno; es eterna su piedad y perpetua por todas las generaciones su fidelidad.» (Sal. 100.)

El cristiano con la virtud de la esperanza tiene en sí mismo como su desarrollo de la vida eterna. Este misterio glorioso forma la sustancia de la vida cristiana. «Dios está en mí»; esa fue la razón de la alegría de nuestro recordado hermano; ejemplo que nos deja a nosotros demasiado afanosos en arañar en las cosas de este mundo para buscar razones a nuestra alegría, satisfacciones a nuestra insatisfacción, serenidad a nuestro nerviosismo y dolor.

La segunda razón de su alegría la encontró en nosotros, y en vista de ello hichó su alma del contenido de las bienaventuranzas, haciéndose hijo de D. Bosco, salesiano, religioso a los dieciocho años, el 29 de septiembre de 1907. Se hizo pobre con los pobres porque el reino de los cielos es de los pobres de espíritu. «¿No escogió Dios a los pobres, dice el Apóstol Santiago, para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del reino que tiene prometido a los que le aman?» (Jo., 2,1-7.)

Vivió desligado de las fluctuaciones de los recursos humanos; sacrificó honores y cargos para vivir al servicio de los pequeños; se hizo humilde; se desprendió de vanidades y altiveces para que nadie le temiera, le huyera y todos se le acercasen. Se hizo valle y no montaña escarpada para que todos pudiesen llegar a él con facilidad y en especial los pequeños, los débiles, los niños.

Toda la riqueza de su pobreza de espíritu, de su anonadamiento, le hizo manso; fue enemigo de la violencia, de las formas reaccionarias, de todo movimiento impaciente; siempre se le encontraba sereno, jamás turbado o irritado. La mansedumbre cristiana es la solidez de un ser firme sobre sus bases, que por haber aceptado su suerte y por haberse aceptado a sí mismo tiende hacia lo mejor, que es darse a los demás.

Toda la grandeza de su mansedumbre le hizo pacificador. Nuestro Dios se llama «Dios de Paz», y es el dador de la paz, el habitante de la paz. Cristo, su Hijo Mayor, dijo: «Mi paz os dejo, mi paz os doy.» Lo tornadizo, lo doble, lo mentiroso, lo cambiante, no existió en don Valentín; la sencillez de su alma amó el orden, la tranquilidad y la solidez de la paz. «Tú eres mi refugio y mi roca, mi Dios en quien confío... Su fidelidad me será escudo y adaga.» (Sal. 91,24.) Estuvo siempre del lado de Dios, del lado del que perdura siempre,

del que disminuye las ofensas, del lado del que no ve la paja en el ojo ajeno, del lado del que nunca condena y siempre absuelve.

La gracia de Dios de cara a Dios y las bienaventuranzas de cara a los hombres fueron la razón de alegría de don Valentín, que nos da como un mensaje en el día de su nacimiento al cielo....».

«... Angel por su pureza; serafín por su amor y reflejo de la bondad y paternidad de Dios. Así era don Valentín...

Poseído por el don de piedad, que transparentaba en su diario vivir y que fue como la tónica de su espiritualidad; no vamos a detenernos en resaltar todo el cortejo de virtudes, que practicó con aquella encantadora sencillez, patrimonio de las almas puras y grandes, sino en las que fueron clave en su vida y que formaron con el carácter de su sacerdocio, «según el corazón de Dios». Confesor santo, que supo encarnar tan al vivo la misericordia y bondad de Dios, atributos de esa paternidad que irradiaba como consecuencia de su íntima unión con El, dejando en las almas paz y gozo santo y sembrando en ellas anhelos de altura. Gracia que él pidió al Señor el día en que fue ungido sacerdote de Cristo, siendo también notoria su extraordinaria prudencia y discreción en el trato directo con las almas.

Apóstol de la caridad por su alma grande, supo atraer hacia sí a todos: grandes y niños, pobres y ricos, encontrando siempre en él bondadosa y amable acogida, comprensión en sus necesidades, consuelo en sus dolores, aliento en sus preocupaciones, haciendo suyas las penas y alegrías de todos los hombres, a quienes amaba como hermanos. Todos cabían en su corazón, verdaderamente paternal y bondadoso, y a todos se entregaba con generoso olvido de sí mismo, pudiéndose decir de él «que se hizo todo para todos, a fin de ganarlos a todos» para llevarlos a Dios.

Alma sencilla y simplicísima, supo ocultar a las miradas humanas su elevado espíritu de unión con Dios, su Padre. En suma: su ardiente amor a la Divina Voluntad. Y su fe, hecha en todos los acontecimientos: testigo de todo esto fue la aceptación amorosa de su ceguera, consecuencia de la última y dolorosa enfermedad que le aquejó. Virtudes e intimidad divina lograda en sus largas horas transcurridas al pie del sagrario, centro de sus amores Eucarísticos, y que dejó plasmado en varios de sus escritos.

Conocedor de la omnipotencia y majestad de Dios y de la nada de la creatura, puso en la humildad el fundamento de la santidad (entresacado de sus escritos), siendo fiel discípulo del que dijo: «Aprended de Mí...» De este humilde convencimiento de la propia nada brotó ese cúmulo de virtudes humanas que se llaman: sensatez, equilibrio, normalidad, jovialidad..., que dieron a su persona ese trato afable que a todos atraía. Salesiano mil por mil, enamorado

rado de María Auxiliadora, caminó siempre junto a Ella, llevándola en su corazón y en sus labios con aquella expresión tan suya, «Ave María Purísima», que empleaba constantemente como fórmula de saludo y despedida. Con Ella vivía su misa de cada día, poniendo en la patena de su corazón inmaculado la víctima divina para que por sus manos fuese ofrecida al Eterno Padre como sacrificio expiatorio en favor de los hombres, sus hermanos. Sentía por la Santísima Virgen tan entrañable amor, que supo inculcarlos en todas las almas a quienes con frecuencia colocaba bajo el manto y auspicios de la bendición de María Auxiliadora.

Colofón de esta sencilla semblanza es el recuerdo de sus escritos, que conservamos con gratitud y respeto y de los que espigamos los siguientes párrafos, reveladores una vez más de su gran espíritu sacerdotal y religioso, que conservó hasta el final de su vida con heroísmo y fidelidad.

«El amor a Dios y el cumplimiento exacto de su divina y santísima voluntad es principio de sabiduría y fundamento de toda santidad. Por lo tanto, debes esmerarte grandemente en amar tiernamente a tu dulcísimo Jesús, tu amable y amante Redentor. Trata de sentir internamente este ardiente y suave amor. Este amor debe de estar fundado en una profunda y convencida humildad. ¿Qué soy yo ante la omnipotencia y majestad de Dios, ser infinitamente perfecto?»

«De la humildad. Ante la infinita omnipotencia debo persuadirme de que soy nada. Profunda humildad en el reconocimiento de mi nada. Esto me debe llevar a un humilde trato con mis hermanas, considerándome la última de la comunidad.»

«Recuerda esta gran máxima: la constante fidelidad en las cosas pequeñas no sólo es una gran virtud; es más bien una virtud heroica. Y esta otra: las almas grandes sólo tienen una voluntad; las almas pequeñas sólo tienen deseos.»

«De la comunión. Fe vivísima. Amor intenso. Haz de ella el centro de la jornada diaria espiritual. Comulga en compañía de María Santísima, nuestra dulcísima Madre. Recuerda que eres esclava de María, de esta encantadora Reina de los cielos. Trata de vivir esa gloriosa esclavitud.»

«De la comprensión. Procura ser comprensiva, trata a tus hermanas como quieras que ellas te traten a ti. Se comprensiva sobre todo con las que sufren.» «Sufro con los que sufren.» (San Pablo.)

«Nada te turbe. Se moderada en la alegría y nunca dejes abatirte por la tristeza. Mantente siempre igual en la presencia de Dios.»

«De la caridad. La caridad y la absoluta conformidad a la santa voluntad de Dios nos hará santos. Caridad entendida teológica-

mente, o sea, amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios.»

Y este fue don Valentín:

«Por su ardiente amor, serafín;
por su exquisita blancura y transparencia, ángel;
por su entrega a las almas, apóstol;
por su unión a la Voluntad Divina, santo, y
por su filial amor a María Auxiliadora, gran
Salesiano al estilo de Don Bosco.»

«En estas columnas de DIARIO-DIA y en otra prensa acogedora, hemos movilizado las campanas glorificando a don Valentín Grasso. Hoy las lanzamos a gloria porque un varón justo ha traspasado los umbrales de la vida para ascender los peldaños que conducen a la inmortalidad. Que desde mi primer artículo, vaticinando el alcance no por el mérito del firmante, sino por el símbolo que lo justificaba, dije que se haría histórico; desde entonces hasta la fecha de ocurrir el óbito, en diversos colegios salesianos de España se han reproducido con deleite y constancia en fiestas destacadas. En ello iba el nombre señero de don Valentín.» ... «Su celda será ocupada dignamente, qué duda cabe, pero de ahora en adelante será siempre la celda de don Valentín; no lo olvidarán los salesianos que pasaron por aquí, y la noticia como algo trascendental la recibirán los aspirantes y novicios que lleguen anualmente, porque de suprimir este Colegio tenían que llevarse al cuerpo de don Valentín; el primer sacerdote, después de cuarenta y cinco años de vivencia, que expira en Astudillo, y aquí no tardando, y ya que vamos de frases recordadas, «el tiempo y yo contra otros dos». Dentro de breves años los salesianos y no salesianos se llegarán a la tumba de este justo varón para pedirle una gracia espiritual. Tal fortaleza tiene la ejecutoria de su vida.» ... «Los salesianos espiritualmente han ganado en el traslado entre un santo en la tierra a un justo en los cielos. No pasarán muchos años sin que lleguen a la Sagrada Congregación de Ritos, en Roma, noticias de la ausencia de don Valentín. Deja un vacío que comentaremos, si Dios quiere, con mis queridos amigos salesianos muchos días...»

... «Astudillo fue siempre tierra de pan, tierra de santos y de espigas; al fin y al cabo, tierra de paz. Y como por caprichosa circunstancia histórica, a esta villa, cargada de siglos y de avatares, vinieron a buscar la paz (y a encontrarla) los que cruzaron esos senderos invisibles del tiempo y de los siglos para dejar al fin su nombre prendido en las piedras, en la tierra y en el aire de Astudillo.

Ahora, en nuestros días, una vez más se produce ese milagro histórico; porque el día 7 de diciembre, víspera de la Inmaculada, murió en Astudillo el más moderno de los santos: don Valentín Grasso;

un salesiano, que si bien es cierto que nació en Turín el 3 de febrero de 1889, finales del siglo XIX, y viviese en Chile en el seminario de Macul, en Valparaíso, fue en los primeros años de la década de los cuarenta, cuando inesperadamente, silenciosamente, llegó don Valentín a Astudillo...

Y en Astudillo fue donde perdió su apellido, porque en poco tiempo no habría de hacerle falta. En Astudillo (de donde no volvió a salir) fue para siempre ya don Valentín a secas. Como a los reyes y como a los santos, le bastaba el nombre.

Pero, ¿quién fue don Valentín? ¿Cómo fue este hombre singular? En Astudillo todos lo saben y todos contestan lo mismo y con la misma palabra... ¡Un santo! Pero no debe ser entendida esta palabra («un santo») en su acepción vulgar y corriente, estereotipada; no, el padre salesiano don Valentín fue, y lo sigue siendo después de muerto, un auténtico y verdadero santo, al que posiblemente algún día se ha de ver en los altares. Hoy en Astudillo se puede decir porque todos lo entienden: «Alguien va hacia los altares...»

Como testigo de cierta excepción, yo puedo decir algo sobre don Valentín. Lo puedo decir porque desde hace muchos años mantuvimos una amistad directa, cierta y viva. Posiblemente don Valentín haya sido mi mejor amigo, mi más íntimo y colosal amigo; por eso podré decir algo sobre la figura de don Valentín.

Lo más espiritualmente agudo fueron sus ojos. De un verde claro, tuvieron en su mirada la chispa riente por donde se le escapaba el alma. Sus ojos —humildes ojos que miraban con ternura infinita— no se alzaban mucho de la tierra. Los mantenía bajos en su conversación, pero cuando había de mirar a la cara, aquellos ojos de inmensa luz, de taladrante luz, no tenían fondo. En ellos se veía todo; se trascendía todo, se averiguaba todo, hasta el más allá de nuestro más acá... Respecto a él, sus ojos le delataron siempre, aunque nada tuviera que ocultar, y se leía en la vivaz mirada de aquellos anchos ojos que su mundo interior era tan diáfano y tan dulce como el claro verdor de sus pupilas.

Yo llegué (permítaseme esta sinceridad) a percibir el hilo sobrenatural que unía a la santidad; porque nunca podré olvidar su mirada tranquila, transparente, aguda y maravillosa. Verdaderamente los ojos de don Valentín tuvieron un mirar sorprendente y único: el inquieto y dulce mirar con el que sólo pueden mirar los santos.

Otra singularidad de don Valentín fue su voz. Por algo este humilde siervo de Dios tuvo el perenne oficio de confesar... Desde las siete de la mañana —los inviernos en Astudillo son lanzas de hielo— permanecía en el confesionario bajo las enormes bóvedas de la iglesia de Santa María; cuando yo le conocí no existía cale-

facción en el templo. Allí pasaba don Valentín hora tras hora, confesando desde los niños a los viejos, pasando por los novicios del seminario salesiano. Y al final de toda confesión, la consabida petición de don Valentín: «Rece una avemaría por mí, que yo la rezaré por usted...»

Conservaba don Valentín un leve siseo de su viejo italiano. Pero en el correctísimo castellano en el que se expresaba, su voz tenía matices de una dulce paz interior. Al hablar sonreía, y no era una mueca su sonrisa, porque su risa y su sonrisa se le escapaban por sus ojos y por su palabra. Se le escapaba la humildad —la sencillez hecha verdad—; se le escapaba la inocente expresión de su alegría interna. Y su conversación era muy grata, salpicada de asombros, porque cualquier cosa le interesaba tanto que mantenía una atención extrema, hasta sobrecogerse de tanto como ponía al escuchar a cualquiera. Su voz, sus tonalidades, su palabra, todo ello tenía un «algo» especial con lo que atraía. Este fue el misterio de su voz y de su palabra: la medida, el tono y la firme dulzura con la que se expresó siempre.

Después, sus manos. Las manos de don Valentín —corrientes y vulgares— fueron cobijo y amor. Don Valentín tuvo a su cargo lo que en el «argot» salesiano se llama ORATORIO FESTIVO, y que no es otra cosa que la conjunción dominical de los pequeños se-glares, que forman un mundo infantil, lleno de gritos y juegos, unidos todos bajo el techo salesiano que los ampara y enseña mientras ellos juegan durante las tardes de los domingos. Pues allí estuvo siempre don Valentín. En la tarde de un domingo cualquiera podría versele entre un montón de niños que en algarabía total le rodeaban entre chillidos y gritos. Don Valentín vivía entre ellos; hablaba a todos, acariciaba sus cabezas y de cuando en cuando repartía caramelos. Pero eso sí; en medio de aquel tormento de gritos y juegos, don Valentín sonreía siempre incansable, hasta lo imposible. Y allí, sus claros ojos, su voz y sus manos jugaban su mejor papel, propio de lo sobrenatural. Pueden aseverar cuanto digo la multitud de hombres ya hechos y derechos, con su mujer y con hijos, que de pequeños jugaron estrepitosamente en los Oratorios Festivos con don Valentín por en medio.

Estos hombres maduros de Astudillo —que no me dejarán mentir— ya dijeron todo lo que tenían que decir cuando el día de la Inmaculada, con un frío polar, formaron comitiva hasta el cementerio para enterrar y decir adiós a don Valentín. Y con estos hombres todo el pueblo, absolutamente todos: niños, mujeres y viejos. Todos formaron tropel, un impresionante tropel humano que nunca pudiera imaginarse.

He aquí, pues, los tres factores singulares que caracterizaron a don Valentín: sus ojos, sus claros ojos por donde se le escapaba el alma; sus manos, con las que acarició a los niños y las que bendijeron a los enfermos; su voz, la dulce voz y sobrecededora palabra, con la que atraía a las gentes. Y a todo esto añádase su humildad y su terrible generosidad...

Sobre esto último, la generosidad, ya que falleció este santo singular, puedo decir algo que desde hace muchos años sabía pero que guardé con riguroso celo. Supe que en varias ocasiones don Valentín se había privado de su ropa interior, de abrigo, para dársela a los pobres. Y esto lo hizo en invierno, cuando en Astudillo el cierzo produce dolor en la cara y hiela los huesos...

Por último —sería interminable hablar de don Valentín—, me he conocido cómo llevó su enfermedad. Don Valentín era diabético, y un rigurosísimo régimen con la medicación adecuada le fueron manteniendo, pero fue inevitable que le llegara la ceguera. Pero ciego y todo, él continuó yendo al confesionario, y periódicamente bajar al otro puesto de confesor, en el cercano monasterio de Clarisas.

También, aun ciego y todo, seguía diciendo la misa (la que sabía de memoria), pero resultaba doloroso ver cómo a palpas buscaba el cáliz o la patena hasta encontrarlo; y así, a tropiezos y tropezos, terminaba su misa.

Debo decir, como todo curioso, que si en las manos de don Valentín siempre se veía un rosario, con su rosario en ellas fue al sepulcro, porque cuando quisieron colocar su cadáver en la caja, la rigidez de la muerte impidió que alguien pudiera desenredar el rosario de sus manos. De suerte que como vivió murió, con su rosario prieto entre sus dedos, como si siguiera rezando, cuenta a cuenta, las avemarías.

Sirvan estas pobres líneas de semblanza de don Valentín. Yo le conocí, y la amistad más sincera y más entrañable nos unió para siempre. Guardo infinidad de cartas suyas, escritas casi todas de su puño y letra, menos las correspondientes a la época de la ceguera, que están escritas a máquina por alguien a quien se las dictara, pero firmadas luego por él con una torpe firma final.

Creo que don Valentín fue un santo total y absoluto; acaso llegue a ser SAN VALENTIN DE ASTUDILLO... Y que no le extrañe a nadie que habiendo nacido en Italia pueda resultar un santo español; dígalo si no San Antonio de Padua, que ni se llamaba Antonio, ni era de Padua, porque su nombre de pila era el de Fernando y había nacido en Lisboa.

En Astudillo creció y creció laantidad del humilde don Va-

lentín. Hace escasos años fue declarado oficialmente «Hijo Adoptivo de Astudillo»; tal era el amor que el pueblo le tenía.

Si Astudillo fue tierra de pan y tierra de santos, en buena tierra quedó sepultado este nuevo Siervo de Dios, al que ya se le prepara una calle y una lápida para perpetuar su memoria.

Aunque don Valentín haya muerto, el verdadero don Valentín está vivo, porque desde la fecha más mariana que pueda buscarse, el día de la Inmaculada Concepción, don Valentín, con sus ojos claros y penetrantes, con su rosario en las manos y su voz de sosiego y de paz tuvo abiertas de par en par las puertas altísimas de la gloria...»

A éstos podríamos añadir más testimonios que en muchas cartas nos fueron llegando para darnos el pésame y ofrecernos oraciones por su eterno descanso. Testimonios que hablan de vocaciones dirigidas y encauzadas por él, de consuelos en momentos crudos y difíciles, de absoluciones y perdones de parte de Dios. En todos ellos están condensadas sus muchas y grandes virtudes.

Aún quiero añadir algo que nos dejó profunda impresión en sus últimas noches: su capacidad de sufrimiento. Desde hacía un año había perdido la vista total. La pérdida de tal sentido tiene que ser un sufrimiento continuo para quien se siente con capacidad y fuerzas de seguir en el trabajo hasta el último momento. Nunca le oímos una queja ni le vimos desalentado por esta pérdida, y eso que pidió muchas oraciones e hizo muchas novenas a Domingo Savio, don Beruti, D. Bosco, don Rinaldi y a María Auxiliadora cuando notaba que la diabetes pedía sus exigencias. Tenía que valerse de los demás para que le pusieran las cosas en las manos; necesitaba continuamente de lazarios que le llevaran a todas partes —merecen mención especial en este punto los aspirantes—, de secretarios que le leyeren las cartas y se las contestaran. Estuvo a merced de los demás en sus sentimientos más íntimos.

A los pies de Jesús Sacramentado y de María Auxiliadora encontró las fuerzas para dejarnos impresión de su gran santidad. ¡Qué misas, qué genuflexiones, qué visitas a la Virgen, las suyas! Eran como un imán. Arrastraba a seguirle cuando le veíamos que con los brazos por delante, como antenas, iba detectando el camino libre.

De su amor a la Congregación no cabe decir más. Y fue tan intenso, tan filial y tan humano, que comprendía perfectamente a todos, mostrársen los sentimientos y las ideas que mostrásen. Fruto de sus muchas horas de confesonario.

Su recuerdo sencillo, cordial y afable, y su disposición natural de llevar el consuelo a todo el que necesitaba de su persona quedó grabado en los que le trajeron, que no olvidarán nunca.

Creo que su vida ha sido un paso largo hasta el cielo sin tener

ninguna detención aguardando más purificaciones. El hecho de morir cuando comenzaba el día de la Inmaculada es un detalle palpable de que la Virgen se lo llevó al cielo a celebrar juntos su pureza virginal.

Quisiera resaltar mi agradecimiento desde estas líneas a los doctores que lo asistieron tan delicadamente en sus últimos años: don Félix Sánchez y don Gerardo Dapena. En especial a don Próculo Andrés Cuena y don Melchor A. Cuena. Creemos que de no haber sido por ellos, ya hace mucho que su estado delicado de salud no hubiera resistido tanto tiempo.

Pedid por este noviciado y el grupo de seminaristas que cursan primero.

Affmo. en Xto. y hermano en D. Bosco,

ELOY REY

Datos para el Necrologio:

Sac. Valentín Grasso Chianale, nació en Turín, Italia, el 3 de marzo de 1889; murió en Astudillo (Palencia), el 7 de diciembre de 1970, a los 81 años de edad, 63 de salesiano y 55 de sacerdote.